



LOS FRONTERIZOS

DESCENDIENTES DE NAMMENTOS VOL. II

ANALÍ SANGAR

Hlín desconocía la existencia de la profecía que pesa sobre Nammentos y su implicación en la misma.

Su naturaleza protectora, sumada a la esperanza de poder salvar a los suyos, la empuja a adentrarse en esas salvajes tierras junto a los Bastardos del Hierro y el frío y autoritario hombre que los lidera.

Adler halla respuestas que lo obligan a conducir a su clan hacia el territorio de los Fronterizos.

Su condición de guerrero y el haber sido elegido por los primigenios lo comprometen a ayudar a Hlín. Pero esa terca mujer, que tiende a consumir su paciencia, hace que se debata entre el imperioso deseo de estrangularla y la irrefrenable necesidad de poseerla.

Un pueblo de desalmados y sanguinarios jinetes oscuros, alianzas forzadas por los dioses, vínculos mágicos, sentimientos enfrentados, pasión y sexo, temidos monstruos y cruentas luchas entre clanes te esperan en esta cruzada por Nammentos.

¿Te atreves a unirte a los Bastardos del Hierro?

*A mis hijos Adrián, Dani y Javito, los primeros
Bastardos del Hierro.*

Veintiocho días antes...

Enclave Vorgrimler (Eddel)

Egon logró escabullirse por detrás del fogoso sirviente – que saboreaba con deleite los labios de la joven Weiss– e internarse en el castillo. Pegó la espalda a la pared de piedra para que así las sombras lo amparasen, se deslizó en lateral hasta dar con los escalones que conducían a los calabozos y descendió con sigilo por ellos, atento a cualquier sonido.

Nada más hubo alcanzado el nivel inferior, comprobó con repugnancia que no solo olía a humedad, sino que también flotaba en el ambiente un nauseabundo hedor a orín que hizo que se cubriese la nariz con el antebrazo. Se obligó a avanzar casi de puntillas, deteniéndose frente a cada una de las celdas para poder ver a través de los gruesos barrotes si alguien las ocupaba.

Había dejado atrás ya cuatro de ellas cuando, escudriñando la oscuridad del interior de la quinta, una sucia y enorme mano lo atrapó por la pechera, haciendo que su pómulo izquierdo se estampase contra las frías barras de metal.

Con los latidos disparados, miró de soslayo al hombre de abundante barba y enmarañada melena que lo sujetaba. Este lo estudiaba analíticamente, y aunque Egon advirtió que le faltaba el brazo derecho, la resistencia que ostentaba en su extremidad zurda era admirable, pues, por más que tiraba, no era capaz de separar la cara de las rejas.

«Bien podrían haberle amputado ambos brazos», se dijo para sí antes de maldecir su suerte por no haberlo pre-

visto; más, cuando había escuchado decir al sirviente que un tercer preso ocupaba las mazmorras.

Tragó como pudo la bola de terror que su feroz aspecto le provocaba y aguantó la respiración. Lo último que quería era ofenderlo, y si aspiraba una mínima bocanada de aire, la mueca de asco que inevitablemente exhibiría su rostro le daría al cautivo una ligera idea de que apestaba peor que un animal en descomposición, lo que con toda probabilidad derivaría en que su cabeza dejase de formar parte de su cuerpo, ya que por la fuerza que empleaba lo creía muy capaz de arrancársela de cuajo si se daba por aludido.

—No vengo a causarte problemas —se atrevió a pronunciar viendo que no hacía por liberarlo—. Solo busco a la anciana y al niño que han traído esta mañana, de veras que no es mi intención hacerte daño.

Se dio un pescozón mental por lo absurdo de su comentario. ¡Qué daño podía hacerle si quien estaba en una posición más que delicada era él! Si el hombre se hubiese carcajeado de la tamaña estupidez que el miedo le había hecho verbalizar, no le habría extrañado en absoluto.

Para su sorpresa, este lo soltó y señaló con un escueto movimiento de cabeza el corredor.

Egon asintió en agradecimiento, tomando ese gesto como un indicativo de que los Dohrn se encontraban en uno de los calabozos contiguos al suyo.

Y no se equivocó.

Los localizó a dos celdas de separación de la ocupada por el manco pestilente. Ambos se hallaban sentados contra la pared y acurrucados el uno junto al otro.

—¡Nadja! ¡Tÿr! —los llamó entre susurros.

Vio al joven elevar el cuello y mirarlo; sus ojos se abrieron con esperanza y a Egon se le cayó el alma a los pies. Él no podía liberarlos, solo tratar de encontrar a Hlín y que ella mediase en su favor con Dedrick.

Con un potente ramalazo de rabia, que le cruzó el cuerpo de extremo a extremo, reparó en la argolla que le rodeaba el tobillo mientras este gateaba hacia las rejas. Una argolla unida a una cadena de gruesos eslabones que terminaba encastrada en el sólido muro de piedra que se alzaba al fondo de la celda.

A pesar de haber escuchado al enamorado sirviente asegurar a la joven Weiss que era imposible que nadie escapase de los calabozos del castillo, no fue hasta ese momento que dio crédito a tan rotunda afirmación. Mal que le pesase admitirlo, era cierto que en aquel lugar no hacía falta vigilancia alguna por parte de la guardia; el robusto enrejado más aquellos grilletes que los ligaban a la maciza roca eran suficientes para garantizar su cautiverio y robarles cualquier posibilidad de fuga.

El reducido espacio permitió que Egon y Týr pudiesen quedar frente a frente. Nadja también se acercó hasta los barrotes no sin esfuerzo; se veía fatigada y las líneas de expresión de su rostro parecían haberse acentuado.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —les preguntó en voz casi inaudible, notándose la garganta estrangulada.

El tiempo jugaba en su contra y poco o nada podía hacer por ellos, por lo que tuvo que tragarse la pena que verlos en esas circunstancias le causaba y ser directo.

Ambos le narraron entre murmullos los sucesos del día anterior, desde que la pareja de soldados enviados por Dedrick se presentó en su cabaña, poco después de haber amanecido, reclamando la presencia inmediata de Hlín en el castillo, pasando por las injustas cláusulas que este había ordenado redactar en base al beso que ellos se habían dado en el mercado, hasta sus precipitados planes de huida al otro lado del Rötlich, donde no alcanzaba el poder de ninguno de los señores de Eddel y donde tenían la esperanza de encontrar al pueblo del que eran originarios. Dato que sorprendió en sumo grado a Egon, errado en la creencia durante todos esos años de cuál era la pro-

cedencia de los hermanos. Era cierto que la sanadora cuando los encontró les confesó a sus padres que no pertenecían al enclave Vorgrimler, aunque tanto su familia como él siempre pensaron que estos eran oriundos de alguno de los otros tres enclaves y no de las tierras que se extendían al otro lado del río.

Nadja lloró su pena ante él, que tuvo que hacer un esfuerzo titánico por no dejar salir la propia cuando le habló de las criaturas corvas que habitaban más allá del bosque de las Luciérnagas y su desazón por no saber si sus nietas habían logrado sobrevivirlas. La anciana sanadora, después de doce años, puso voz a lo ocurrido aquella noche delante del pequeño Týr, que escuchó con idéntica atención que Egon aquel episodio del pasado que ahora, por desgracia, estaba más presente que nunca en la mente de la mujer.

Tras conocer lo sucedido y consciente de que el tiempo era su enemigo, se despidió de ellos sintiendo que el corazón se le rompía por tener que dejarlos allí.

—Encuéntralas, Egon —le suplicó Nadja con los ojos anegados en lágrimas y alzando la voz con tal desespero que rebotó contra los muros de piedra creando eco—. Cruza el Rötlich y encuentra a mis niñas.

Solo pudo asentir a su petición, pues tan intensa era su congoja que, si hacía por consolarla, aunque fuese con dos palabras de aliento, se rompería en su presencia y eso era lo último que deseaba que ella viese.

Con la promesa de encontrarlas, comenzó a desandar el corredor sin atreverse a volver la vista atrás, temiendo que, si lo hacía, el dolor que sentía devorarlo por dentro terminara saliendo al exterior en forma de grito.

—Muchacho. —El timbre cavernoso lo detuvo y giró el cuello a su izquierda, a la celda del manco hediondo, que se hallaba con la sucia y barbuda cara cerca de los barrotes y la mirada fija en él—. Si tienes pensado adentrarte en las tierras que se extienden más allá del río, antes deberías

saber a qué te vas a enfrentar y no dejarte guiar por los pocos datos inconclusos que haya podido darte esa vieja.

A Egon le hirvió la sangre por su grosera manera de dirigirse a Nadja.

—Nadie que conozca que haya cruzado el río y sido capturado ha vivido para contarle excepto ella, conque los pocos *datos inconclusos* que me ha dado tendrán que bastarme —le espetó, mordaz, retomando el paso hacia los escalones de piedra.

—Yo vine de esas tierras y mis consejos podrían serte muy valiosos.

Aquellas palabras lo frenaron en seco.

Egon dudó.

Dudó durante unos largos instantes entre si seguir su camino o escucharlo y arriesgarse a ser descubierto; por no hablar de que también era un riesgo a tener en cuenta el exponerse a que la joven Weiss se cansara de engatusar al entregado sirviente y lo dejara a su suerte, tal y como había amenazado que haría si se demoraba demasiado.

Inspiró en profundidad, arrepintiéndose en cuanto la fetidez de las mazmorras se coló por sus conductos nasales, y, sin meditarlo más, se aproximó a la celda, convenciéndose de que bien merecía la pena correr cualquier riesgo si la información que le diera pudiese ayudarlo.

—Intenta ser breve —lo apremió, parándose frente a él.

El manco asintió con un categórico cabeceo.

—Más allá del río habitan los üzgards. Ellos me hicieron esto —señaló con un movimiento de barbilla su inexistente extremidad superior derecha—. Esos malditos seres moran en Calavera, el lugar medio muerto que linda con el bosque de las Luciérnagas.

Egon tragó con esfuerzo ante la certeza de que el hediondo se estaba refiriendo a las mismas criaturas corvas que Nadja le había descrito.

—Esos... Esos lo que sean, ¿te arrancaron el brazo? —le preguntó, acercándose más a los barrotes.

–No. Uno de ellos se lo comió mientras me tenía inmovilizado con su asquerosa lengua.

Los ojos del joven se abrieron con espanto.

–Ella... La anciana me ha hablado de esos lo que sean...

–Üzgards –recalcó el manco.

–... y ha mencionado las tierras que se extienden más allá del Rötlich, hacia donde se supone que se dirigen sus nietas –continuó exponiendo él.

Este observó a Egon en silencio por unos largos momentos.

–Puede que desde este lado del río el bosque de luces dé la apariencia de un lugar mágico, pero no te dejes engañar, chico, porque en realidad es una trampa tomes la dirección que tomes –dijo al fin–. Si pretendes ir a las tierras que te ha mencionado la vieja, una vez estés en Luciérnaga no te dirijas al norte o estarás muerto. Tampoco al sur, a la falda de las Montañas de Mineral, que es donde se guarecen esas bestias, o también estarás muerto. Cruza el Rötlich y avanza en línea recta hasta alcanzar los retorcidos troncos del último tramo de bosque Calavera; en cuanto des con ellos, echa a correr y no dejes que ningún üzgard te atrape o...

–Estaré muerto –terminó por él–. Pero tú sobreviviste –apuntó Egon, tratando de agarrarse a un hilo de esperanza.

–Yo tuve suerte. –Sus ojos recorrieron las sucias paredes de la pequeña celda–. Si a esto se le puede llamar suerte –agregó, clavando de nuevo la mirada en él.

–¿Cómo sabré que he llegado a ese bosque?

–Lo reconocerás por su ausencia de vida nada más pongas un pie en él. Y, cuando lo hagas, solo corre y no te detengas hasta llegar a la Serpiente.

–¿Serpiente? –La voz apenas le salió del cuerpo.

¿Qué clase de monstruos habitaban al otro lado del Rötlich?

—También la reconocerás nada más verla. La Serpiente de Obsidiana es una gran pared de sólida roca negra pulida que arranca de las mismas entrañas de las Montañas de Mineral y se pierde hacia el norte. Al otro lado de esta se encuentra Nammentos, la tierra de donde yo vine y a la que, según la vieja, se han dirigido las mujeres a las que vas a buscar. Eso contando con que hayan sobrevivido a Calavera, claro.

Egon se tensó con la sola idea de que estuviesen muertas.

—Estoy seguro de que ellas han conseguido burlar a esas criaturas —aseveró en un intento de convencerse.

—Muchacho, siento decirte que los üzgards tienen un olfato muy desarrollado y saben cómo moverse por su bosque muerto. Tendrás que hacer frente a la posibilidad de que no lo hayan logrado.

—Puede que continuasen hacia el norte bajo la protección del bosque de las Luciérnagas.

—Reza por que no eligieran esa ruta.

—¿Por qué? ¿Qué hay al norte?

El manco suspiró.

—El poblado de los Fronterizos. —Observó que el sucio hombre se acercaba más a los barrotes—. Sanguinarios jinetes que cabalgan bestias sin ojos, tan altas como caballos y más anchas que los osos, y que abusan de las mujeres para engendrar hijos.

»Su única oportunidad es que llegaran donde nace el mineral, cruzaran a Nammentos y se encaminasen al suroeste, hacia pueblo Salzwirk. Si han tomado otra dirección que no sea esa, puedes darlas por perdidas, así que piensa bien si te merece la pena correr el riesgo.

Egon se cuadró como el soldado que no era.

—Sé que Hlín lo ha conseguido. Que ella y su hermana Sigyn han conseguido llegar a salvo a esas tierras. Lo siento certero aquí —aseveró, llevándose una mano al pecho.

El manco se lo quedó mirando durante unos largos instantes; luego, esbozó una triste sonrisa que lo confundió.

–Espero que no te engañe lo que te dicta el corazón y que las halles con vida. De verdad que lo espero, muchacho. Venga, márchate –lo apremió–. Ya sabes todo lo que debes saber. Y recuerda, no dejes que esos monstruos te atrapen o...

–Estaré muerto. –Egon introdujo el brazo izquierdo entre dos barrotes y atrapó el del hombre–. Si no he entendido mal, solo he de permanecer lejos de las lenguas de esas criaturas, evitar ir al norte y pasar al otro lado de la pared de mineral; después, dirección suroeste hasta Salzwerk.

–Sí, básicamente, es lo que has de hacer. –El preso asintió con otra sonrisa–. Lleva contigo un buen rollo de cuerda y ganchos de hierro; la Serpiente tiene una altura considerable y llegar hasta la cresta no será tarea fácil. Y, cuando estés en Nammentos y pongas rumbo hacia pueblo Salzwerk, lo mejor será que avances cuando caiga la noche y te mantengas oculto durante el día. Esa tierra está plagada de clanes y la mayoría de ellos te ensartarían con una espada antes de preguntarte qué te ha llevado allí, no lo olvides.

–Lo tendré en cuenta. Aunque diré en mi favor que mi puntería es tan diestra que ni me supondrá un problema lanzar la cuerda con precisión a la cima del mineral ni mucho menos atravesar el ojo con una de mis flechas a quien pretenda darme muerte.

El manco le estrechó el antebrazo, ampliando la sonrisa.

–Entonces, solo me queda desearte suerte.

Egon le devolvió el apretón.

–Gracias por la información... –le dijo antes de marcharse–. Ni siquiera sé tu nombre.

–Nils.

–Yo soy...

–Egon, se lo he escuchado a la anciana cuando te ha pedido que encuentres a sus nietas.

Aquel hombre ya no le parecía tan intimidante, más bien, todo lo contrario. Tras la breve conversación que acababan de mantener, advirtió cómo él había ido dejando atrás sus hoscos modales para mostrarse como probablemente fue alguna vez.

–¿Puedo saber qué te trajo a Eddel? –le preguntó, incapaz de irse sin conocer la respuesta.

Porque, de ser posible, no solo sacaría a Nadja y a Týr de esas mazmorras, también lo liberaría a él.

–Huía del destino.

–Y hallaste estos barrotes –apuntó con tristeza, sabiendo como sabía de las leyes que regían los enclaves–. ¿Cuánto tiempo hace que te apresaron?

–Demasiado como para llevar la cuenta. Pero los dioses me querían vivo por alguna razón y quizá esta seas tú y la empresa que pretendes llevar a cabo. Tal vez yo estaba predestinado a guiarte para que tuvieras una oportunidad de conseguirlo.

«Pobre desgraciado», pensó sintiendo una profunda lástima.

A los primigenios poco les importaba lo que a ellos, vulgares mortales, les ocurriese.

–Gracias de nuevo, Nils –susurró a modo de despedida, obteniendo en respuesta un silencioso cabeceo acompañado de una brillante mirada tan anhelante como devastada.

* * *

Egon partió hacia la Serpiente de Obsidiana a los pocos días, cargando, además de con lo necesario para el viaje, con la pena de no saber si volvería a ver a sus padres. También llevaba sobre los hombros el peso de los remordimientos por su injusto comportamiento con la joven

Weiss, que de forma tan desinteresada se volcó en prestarle su ayuda. Solo esperaba regresar sano y salvo de su cometido y poder disculparse con ella como sin duda se merecía.

Siguió las indicaciones de Nils y atravesó en línea recta el bosque de las Luciérnagas, después de haber burlado a una partida de la guardia de la fortaleza que custodiaba la orilla del río, hasta que avistó los troncos moribundos y retorcidos de Calavera.

Tragó en seco antes de adentrarse en aquel paraje marchito, regado por una neblina gris que brotaba de la estéril tierra y se abrazaba a sus tobillos. No pudo evitar sentir miedo, y no solo por el inhóspito lugar por el que avanzaba, sino por las palabras del manco, que recordaba con la misma nitidez de hacía seis días. Cierto era que había sido precavido y llevaba consigo su arco, acoplado en el hombro izquierdo, más un repleto carcaj a su espalda que le daba cierta tranquilidad. O eso estuvo repitiéndose hasta escuchar el gruñido estertóreo que provino de la derecha, detrás de él, y que a punto estuvo de hacerle mojar los pantalones.

Sin dilación, echó a correr, rogándole a la Madre por una oportunidad de llegar de una pieza y con ambos brazos a la pared de obsidiana.

Aunque Egon llevaba buena velocidad, esos malditos gruñidos se hicieron más audibles y miró sobre su hombro sin detener su carrera. Entonces vio a la criatura precedida por su larga y retráctil lengua.

¡Por los dioses!

Un sudor frío comenzó a deslizarse por su columna y todos los «estarás muerto» que le había repetido Nils hicieron eco dentro de su cabeza.

No lo meditó. Sin aminorar sus largas zancadas, se descolgó el arco del hombro al tiempo que extraía una flecha del carcaj a su espalda; la colocó en la cuerda, tensándola hasta que sintió en la mandíbula el contacto del talón de

la palma de su mano, y, con un giro en el aire propulsado por un salto nada calculado, disparó.

Egon cayó de espaldas sin tiempo de adoptar una postura mínimamente adecuada que restase brusquedad al impacto. Por suerte, pudo ver antes de acabar en la tierra cómo la saeta atravesaba limpiamente el ojo de la criatura, que ahora se hallaba desplomada y agonizante a sus pies.

Su respiración sonaba entrecortada y todos los huesos de su cuerpo parecían quejarse a gritos, si bien cuando elevó la cabeza y vio la lengua correosa de ese monstruo dando los últimos coletazos cerca de su entrepierna, se incorporó sobre los codos y retrocedió veloz ayudándose de los talones.

«Mis testículos no van a ser tu almuerzo, maldito monstruo del infierno», gruñó para sí con el corazón desbocado, a la vez que se levantaba y echaba a correr de nuevo.



Alcanzar la cima de la Serpiente de Obsidiana le supuso más esfuerzo del que creyó en un principio. Había desperdiciado cuatro de sus mejores flechas de sauce para que la cuerda lograra rebasar el borde y que el pequeño pero fuerte gancho de tres espolones curvos, que él mismo había fabricado en esos días, se agarrara a la cresta con seguridad. Por no hablar del esfuerzo que le llevó escalar por ella dadas su verticalidad y su carencia de estrías, donde las suelas de sus botas habían resbalado sin cesar. En varias ocasiones estuvo a punto de caer al vacío y partirse la crisma, mas consiguió encumbrarla cuando apenas le quedaban fuerzas en los brazos.

Tendido de panza sobre la tierra, se permitió observar durante unos instantes el vasto paisaje que se perdía en la lejanía.

Curvó el cuello hacia atrás y escudriñó el cielo. Munno en breve se escondería y Tzonne haría acto de presencia.